

Todavía escuchaba yo desde lo interior del palacio los postreros acordes del aria final de *Lucía*, que empezaron á tocar cuando el alma de la duquesa se hallaba aun en este mundo.

Dos días despues se verificó el entierro.

La emperatriz se hallaba en la Argelia con el emperador.

El entierro de su hermana no fue, pues, otra cosa que el homenaje que su familia y todos los españoles que se encontraban á la sazón en París rindieron al bien amado que habian perdido.

Y á la verdad que era solemne aquel largo cortejo extranjero que atravesaba los Campos Eliseos con direccion al templo de la Magdalena, por entre dos filas de parisienses llevados de la curiosidad, y que no veian en la extraordinaria mujer que dejaba en triste duelo á la sociedad española sino á la hermana de la emperatriz ausente.

Esta fúnebre ceremonia y el concierto de Rossini fueron las dos únicas escenas que presencié en París con afectuosa emocion y simpático sentimiento.—Todo lo demás que me salió al paso, por desconsolador y horrible que fuese, solo me produjo indignacion, desden ó miedo.—Y es que en París llega á tanto la presuntuosa soberbia del hombre, que sus mayores males no os causan compasion, sino que veis en ellos un castigo merecido, como las plagas que nos refiere la Escritura.

### VIII.

Garibaldi y la Rigolboche.—Tendencias de la literatura y del arte.—Carácter de nuestra época.—Napoleon III.—El español en Francia.

Llevaba ya cuarenta y tantos días de permanencia en París, y como habreis notado, sus maravillosas comodidades y renovados placeres iban depositando en el fondo de mi alma una hez de disgusto y amargura, cuyo origen adivinaba algunas veces y otras se me ocultaba.

Yo no podía desconocer que París era el pueblo mas divertido del mundo; que en él no se carecia de nada... cuando se tenia dinero; que el gobierno era un verdadero padre de los ciudadanos, y que estos vivian mas libremente bajo la ley del llamado *déspota* que habita en las Tullerías, que las tribus sin casa, ley, ni hogar que vagan por los desiertos...

Yo habia visto el mayor orden y la mas admirable policia en todas partes; el primor artístico, la propiedad y la exactitud en todas las cosas; el rigor legal y la igualdad filosófica nivelando *en teoría* á todos los individuos, y la gracia, la limpieza, la abundancia, el placer, la cordura brillando en los hechos, en las personas y en los objetos inanimados...

Habia admirado los establecimientos de beneficencia civiles y militares, oficiales y privados...

En el *Hotel de los Inválidos*, por ejemplo, habia visto convertidos en unos

verdaderos prevendados á los que se inutilizaron en defensa y gloria de la patria... y casi divinizados á los pocos y decrépitos veteranos que aun quedan del primer imperio...

En los hospitales me habia sorprendido el lujo, el bienestar, el cuidado que rodea á los míseros enfermos...

En los museos habia tenido ocasion de elogiar el respeto y el aprecio que dispensa la Francia á los timbres de su historia, á sus grandes capitanes, á sus artistas, á sus escritores...

En Versalles ví salones inmensos llenos de grandes lienzos y hermosas estatuas que representaban los hechos de armas de las recientes guerras de la Argelia, de Crimea y de Italia, y á los héroes que los llevaron á cabo...

En otro lado ví toda la epopeya de Napoleon I, traducida en grandes obras de arte...

Debajo del monumental mercado que acaba de construirse, habia contemplado con asombro el depósito de agua del mar en que se mantienen vivos los pescados que ha de devorar París, y los ferro-carriles subterráneos que lo abastecen de carnes, legumbres y otros comestibles...

En las imprentas de primer orden habia visto nacer los libros y los periódicos en tal multitud y con tanta celeridad como si los produjese un milagroso *fiat*...

Cinco minutos despues de un espantoso aguacero habia encontrado á París tan limpio, tan bello, tan brillante como una casa recién arreglada para recibir á dos novios...

En las fábricas me habia sorprendido la multiplicacion del trabajo y el aumento de la produccion...

En los *restaurants* habia visto por mañana y tarde á mas de la mitad de la poblacion de París, comiendo á una misma hora, por un precio infimo ó por un precio fabuloso, y en menos tiempo del que se emplea en España para servir un sorbete en un café.

En el *Hotel del Louvre* habia comido regiamente en una mesa redonda de trescientos cubiertos, donde se veian gentes de todas las naciones del globo...

En los *Establecimientos de Bouillon* habia reverenciado aquella gran caldera llena de sopa, en torno de la cual se agitan al anochechar millares de parroquianos que comen, como quien dice, mecánicamente y al pié de fábrica...

En los teatros habia asistido á comedias, dramas, óperas cómicas, *vaudevilles*, bailes, ejercicios gimnásticos, juegos malabares, hechicerías, esposiciones geológicas y astronómicas, prestidigitacion, simulacros, fuegos artificiales, habilidades de fieras, danzas ecuestres y cuantos espectáculos puede escogitar la imaginacion...

Y en todos ellos, aun en los mas serios, advertí que la representacion habia de ser abundante dentro de un tiempo limitado, y que es de rigor que se baile en ella, y que este baile sea el *Cancan*...

¡El *Cancan*!... que es indescriptible... que es la alegría bestial convertida en arte; que es la mas grotesca y torpe bacanal llevada á la escena ó paseada por

los sitios públicos; que es, sin embargo, el *non plus ultra* del entusiasmo del pueblo parisien...

Dicho se está, por consiguiente, que yo habia visto tambien á la *Rigolboche*, á la gran reputacion de la época, á la bailarina fea y desvergonzada que guia un cochecillo por el *Bosque de Boloña* entre los aplausos de la multitud, y que á la noche hace su extraordinaria pirueta en el *Chateau Rouge*, en el *Casino-Cadet* ó en el *Jardin Mabille*...

¡ Ah! ¡ la *Rigolboche*!—Sus retratos inundan á París: sus memorias han sido publicadas; sus dichos, sus modas, sus aventuras son la conversacion constante de la juventud divertida de la capital de Francia!—Los periódicos, algunos libros graves, muchas comedias, todos los *vaudevilles* y mil y mil canciones citan por su nombre á esta mujer fenomenal!—Su sonrisa, sus favores han arruinado ya á muchos capitalistas y á muchos jóvenes del arrabal Saint-Germain.—*Rigolboche* ha llegado á ser un adjetivo. Algunos dicen: «Tal ó cual cosa es muy *rigolboche*...» «¡Qué chiste tan *rigolboche*!»—Y bien: ¿sabeis cuál es el mérito, cuáles son los títulos, cuál es el fundamento de la reputacion de esa mozuela, que no es bella, que no tiene talento, que no ama la virtud y que ni tan siquiera sabe bailar?—Pues todo consiste en que la *Rigolboche*, en el solo del *Cancan*, levanta una pierna á una altura prodigiosa, hasta el punto de derribar el sombrero á sus admiradores!... Y en que bebe, y en que fuma, y en que no es hermosa, ni noble, ni honrada, ni discreta... Esto es; en que constituye por sí misma la negacion de todas las convenciones, la abolicion de toda autoridad, el desconocimiento de toda ley, la subversion contra las reglas estéticas, morales y religiosas que sirven de eje al mecanismo de la sociedad...—Tal es la *Rigolboche*; tal es la figura mas popular que encontré en París... despues de la figura política de Garibaldi.

Porque tambien Garibaldi era venerado por la opinion parisense.—La *Rigolboche* reinaba sobre los cuerpos; Garibaldi sobre las almas.—La *Rigolboche* era el ideal artístico, el ideal poético, la suprema espresion de la belleza. Garibaldi era el ideal moral, el redentor político, el ejecutor de la justicia en las abominaciones de la historia.

Lógica, aunque á primera vista indescifrable, es la razon por qué se confundian en un mismo culto á una mujer sin pudor y á un hombre que es indudablemente honrado.—Una y otro son dos síntomas de la disolucion de la sociedad.—Ya esplicaremos esto.

Con que reanudemos el hilo de nuestra relacion.

Os iba refiriendo las grandes cosas que habia observado en París cuando no acertaba á esplicarme el sentimiento de amargura y de disgusto que me inspiraban los prodigios de la metrópoli del universo.

Todavía recuerdo las siguientes:

La noche de la apertura del *Teatro de los Italianos* habia pasado revista á aquella brillante y terrible alta sociedad parisense que da la moda al mundo, y cuyas encantadoras mujeres nos ha retratado Balzac con rasgos tan seductores y

tan sombríos, que la sola adivinacion de su existencia deja en nuestras almas un rastro de fuego que no se estingue nunca...

Y de camino habia oido cantar á la Alboni...



Vista de una aldea en el Monte Jura.

Un domingo habia recorrido el Sena en un bote, desde París á Bougival, y habia encontrado el rio poblado de nadadores desnudos que escitaban la admiracion de las mujeres, hasta de las mas jóvenes, por sus bellas formas, por su complexion artística, bajo el punto de vista de la estatuaria, y sin intervencion del pudor, como hubiera acontecido en Grecia hace dos mil años...

Había oído elogiar el nacimiento de la barba de un hombre, su torso, su brazo, la colocación de la cabeza...

Había reparado que la regla estética á que se sujetaban los filarmónicos para estimar la música, no era ya la intuición convencional de las almas, sino la armonía imitativa, la onomatopeya, la efectividad de los sonidos...

En la novela había encontrado una servil imitación de la realidad, la fotografía del vulgo, la prosa de la vida elevada á la categoría del romance...

En el arte dramático, aun en el más burlesco y descreído, había notado una marcada tendencia á resucitar la mitología, una gran familiaridad con todo lo pagano, una singular complacencia en interesar al público de hoy con las fábulas de la Grecia, abriendo así en la historia de las costumbres un paréntesis de veinte siglos...

En las platerías, en las tiendas de bronce, en los almacenes de muebles, había echado de ver que ya no se rendía culto á la forma gótica, ni á la oriental, ni á la bizantina, sino que todas las creaciones del gusto, lo mismo las joyas que las lámparas, lo mismo los vasos y ánforas que los objetos de tocador ó de escritorio, y todos los útiles de la vida en que la moda imprime el sello del arte, eran una copia perfecta de la antigüedad romana, una reaparición de todo lo encontrado en Pompeya y coleccionado en el Museo Borbónico de Nápoles...

Por ningún lado, ni en los espectáculos, ni en los folletines, ni en las aficiones populares, ni en la pintura, ni en la escultura, encontré rastro alguno del romanticismo, recuerdos de la edad media, poesía cristiana, para decirlo de una vez. El romanticismo fue el último resplandor de una luz que se apagaba. Las evocaciones caballerescas de 1830 á 1848 pueden considerarse como los delirios de una civilización que perecía, como el crepúsculo melancólico de un día pasado, como *ægrî somnia*...—Sueños de un mundo enfermo...

Estudiando el plan político del gobierno, advertí la ausencia de todo principio, de toda doctrina, de todo derecho, de toda autoridad. El secreto de Napoleón es el *empirismo*, esto es, el *experimento*, la comodidad, el eclecticismo en teoría y la posibilidad en la práctica.

Hé aquí un resumen de su sistema. Ni bien ni mal abstractos: un criterio de verdad acomodaticio, supeditado á las circunstancias. Todo aquello que es útil es bueno: todo lo que molesta es malo. El hombre tiene derecho á todo, pero el gobierno tiene las armas. Cuando el derecho crea un conflicto, se le mutila. Y el comercio y la industria aplauden. El emperador debe su poder al sufragio universal: el pueblo que lo ungió soberano puede destituirlo: pero el pueblo no escribirá ni hablará ni se reunirá para tratar del asunto. En los libros se permite hasta la licencia: en los periódicos no se puede menoscabar un ápice el prestigio del soberano. Cuando se puede, se regala la libertad á manos llenas, y se convoca la representación nacional, y se dan garantías constitucionales... pero si esto llega á no convenir, se deshace en una hora. Existe el derecho de gentes; pero si á la Francia le acomoda, puede violarse en Roma y Nápoles. Se proclama la no intervención en Italia; pero Francia aumenta la guarnición de Roma. Si los

obispos y las damas legitimistas no lo estorvaran, Francia retiraría la guarnición de Roma; pero como las damas legitimistas, los obispos y hasta los Orleanses acechan este momento para derribarnos del trono, Francia es muy católica, es la nación cristianísima, es el hijo mayor de la Iglesia, y debe amparar á su Santo Padre. La libertad es una gran cosa, y debemos desear y aconsejar y exigir que los extranjeros sean libres; pero nosotros en casa tenemos que ser déspotas... Tal es nuestra política utilitaria, materialista, experimental, atea...

Ni acababan aquí mis observaciones y meditaciones de aquellos cuarenta y cinco días.

Durante ellos, yo había quedado estupefacto al enterarme de las grandes obras ejecutadas en París últimamente y del plan de demoliciones y construcciones que estaba ya aprobado.—Según él, los trescientos mil obreros que se creen con derecho á trabajar, ó sea los pobres de París, sublevados hace tiempo contra la sociedad en nombre de su derecho á comer, consignado en los títulos que la naturaleza les diera al criarlos con dientes y con estómago, podrán tener paciencia algunos años más...

Yo había visto, en fin, y analizado detenidamente, otras muchas maravillas de la moderna Babilonia; y como ya os he dicho dos veces, lejos de levantar mi ánimo y apaciguar mi corazón aquel espectáculo sorprendente que da tan alta idea del poder humano, sentía que una honda tristeza se apoderaba de mi ser, y pedía á Dios con todas las fuerzas de mi amor patrio que retrasase para España la hora de su completa civilización y sumo poderío, si el poder y la civilización han de producir siempre resultados tan asombrosos como los que he tenido el honor de admirar en Francia.

Y, sin embargo, todavía pasé algún tiempo sin darme cuenta de mis propios pensamientos, sin explicármelos, sin atreverme á reconocer su justicia.

¿Cómo tú,—me decía yo con espanto;—cómo tú, que eres hijo de este siglo; que lo has admirado y elogiado tantas veces; que te precias de liberal; que repruebas aquellos tiempos bárbaros y criminales que precedieron á la revolución francesa; que amas al pueblo; que vives de la cultura y por la cultura; que eres libre pensador; que sabes cuánto mejora al hombre la conciencia de sus actos; que has lamentado el atraso en que se encuentra tu país, y que desearías verlo á la cabeza de Europa; cómo reniegas tú de la civilización, cómo te disgusta la prosperidad de la Francia, cómo te entristece la libertad y el bienestar del hombre; cómo te asustas; cómo te paras; cómo retrocedes?—Dime, desventurado, ¿te has hecho *neocatólico*?

Sumido andaba en estas reflexiones, sin atinar con la justificación de mis sentimientos ni dar con una fórmula que pudiese resumir mis ideas, cuando hé aquí que un día la cosa más insignificante en apariencia me reveló todo el misterio de mis encontradas sensaciones.

Era la caída de la tarde. Venía yo de *San Dionisio* de ver las sepulturas de los reyes de Francia, cuando, ya cerca de París, me encontré con unos obreros que acompañaban un enorme carro tirado por cuatro bueyes, dentro del cual iba

un corpulento árbol entero, con ramas, hojas, raíces y hasta la tierra en que se había criado.—Lo habían arrancado de un bosque, y lo llevaban al jardín de las Tullerías para que diera sombra á un banco de piedra que estaba muy espuesto al sol.

Este hecho tan sencillo me sumergió de golpe en mis cabilaciones filosóficas.

—Hé aquí, me dije, la soberbia humana. El hombre atenta á la obra de los siglos, á las leyes de la naturaleza, á la voluntad de Dios. El hombre tuerce el cauce de los ríos, horada con túneles las montañas y cambia las relaciones de los pueblos. El hombre se hace un mundo artificial, valiéndose de las fuerzas productoras del planeta como de una máquina de vapor. Ese árbol ha tardado cincuenta años en crecer en *Saint-Denis*, y hoy el hombre le obliga á cambiar de sitio, improvisando de esta manera la sombra y la vegetación donde el cielo no las puso. Hé aquí como todo pierde su prestigio natural, su autenticidad sagrada, su genealogía divina. Hé aquí como todo se humaniza, se envilece, se desordena. Andando el tiempo de este modo, ¿en dónde se podrá encontrar una verdad? ¿Qué inspirará respeto? ¿Qué no será farsa? ¿Qué no será mentira? ¿Qué no será cálculo y utilitarismo?

Cuando en adelante penetre yo en un bosque, en busca de soledad y de misterio, ya no me infundirán veneración los amores de la naturaleza, el afán con que el árbol se agarra á la madre tierra, la piedad con que la cubre de sombra y de frescura, el apoyo y compañía que da á las flores y á las yerbas silvestres, ni el acuerdo y la reciprocidad de beneficios con que viven en sociedad aves y hojas, reptiles y musgos, perfumes y rocíos, auras y rumores...—¡No! me diré: todo esto es mentira: todo es invención humana! Vosotros, elementos de la vida, no os conocéis ni os amáis; y acaso tú, frondoso árbol que me albergas, eres en este bosque un desterrado como yo, un extranjero solitario, un alma en pena perdida en el desierto...

—El árbol trasplantado, proseguí diciéndome; es la industria sustituyendo á la naturaleza; es la razón humana, reemplazando á la razón divina; es la falsificación, la *contre-façon* de los afectos.—El árbol trasplantado es algo semejante á la corona de flores que se compra hecha en un almacén, y en la cual ha escrito el fabricante: *A mi querido padre... A mi adorado esposo... Al hijo de mi vida... A la madre de mi corazón...* cuya corona, y cuyo lamento, y cuyo amor, y cuyas lágrimas, todo producto de la industria, pagado con vil dinero, llevamos á la sepultura de las prendas que perdimos...—El árbol trasplantado es la *Agencia de matrimonios*, mediante la cual, y con auxilio de un prospecto, se improvisan el conocimiento, el amor, las conveniencias de los cónyuges.—El árbol trasplantado es la fama, es la opinión, es la popularidad que dispensan los periódicos, á un tanto la línea: es la legalización del vicio en la ley sobre la prostitución, que exige tributos á las sacerdotisas de Venus, les da derechos, les impone obligaciones, las acepta, las reconoce, las sanciona civilmente: es el sufragio universal erigido en ley eterna, en revelación divina, en fundamento de verdad, origen de todo derecho, de toda gerarquía, de todo poder: es la pobla-

ción sin hogar, la familia que come en la calle, la negación de la mesa pascual de nuestros mayores, la irreligión local por decirlo así, el ateísmo de las costumbres.—El árbol trasplantado es la profanación de la historia, es la humanidad que se desarraiga del seno de Dios, es la tradición que pierde su prestigio, es el tiempo despojado de su autoridad...

El árbol trasplantado, exclamé por último, es el hombre trasplantado, de los cielos á la tierra.

Y al pensar de esta manera, todos los problemas de nuestro siglo se esclarecieron á mis ojos.

Y encontré que desde que los filósofos del siglo pasado llevaron á todas las inteligencias el libre exámen; desde que la razón del hombre fue aclamada como único criterio de verdad; desde que la fiebre del pensamiento, empeñada en discernir la esencia de todas las cosas, secó en el alma del pueblo francés las fuentes del sentimiento, y con ellas, la fe en lo sobrenatural, perdió su santa eficacia aquella sublime doctrina, base del cristianismo, que hace amable la pobreza, grato el dolor, dulce la injusticia y despreciables y de poco momento las felicidades terrenas en comparación con las bienaventuranzas de la otra vida. Es decir, que cundieron entre las clases pobres de Francia la duda y hasta el decreimiento acerca de la eternidad del alma: que nadie se resignó ya a sufrir en este mundo, desconfiando de su recompensa en el otro: que la humanidad empezó á considerarse á sí misma como una raza de fieras esparcida por el globo, sin otro destino ni más porvenir que la satisfacción de sus necesidades corpóreas y de sus caprichos mundanos; y que en consecuencia de esto, todos aspiraron á gozar cuanto les fuera posible dentro del plazo de su existencia finita, y naturalmente, empezaron á reclamar de los poderes, de los gobiernos, de la misma sociedad su cubierto en el banquete de la vida, primero con el nombre de derechos políticos (1789), y después con el nombre de necesidades materiales (1848), de derecho al trabajo, y de lo demás que sigue hasta el comunismo.

Los gobiernos transigieron con las masas cuando hicieron la primera reclamación, y las dijeron:—Firmemos un pacto *constitucional*. Vosotras sereis parte del gobierno, y administrareis la cosa pública. Os creéis con un derecho contra la sociedad... Venid á ejercitarlo. Vosotras legislareis.

Esta fue la época constitucional de Francia, y de aquí nació todo el poderío de la clase media.

Pero la clase media se hizo rica y poderosa y desatendió los intereses que había venido á proteger en el gobierno. Quizás los desatendió porque, estudiando por sí misma la cuestión social, la encontró irresoluble. Ello es que se llamó *conservadora*, y se puso del lado del antiguo principio de autoridad, en contra de las masas, esto es, en contra de sus comitentes.

Pero el decreimiento era cada vez mayor en las muchedumbres, y el espectáculo de la clase media enriquecida aumentaba en ellas la sed de goces materiales. Ya no había para qué pedir derechos políticos. Los derechos políticos habían sido en su mano un cetro de caña. La única manera posible de ejercer-